

las tablas puestas una sobre otra ó arrastrándose por grupos en el suelo. No veía las caras, pero percibía vagamente aquella multitud sórdida y harapienta, aquella turba de miserables vencidos por la vida, extenuados, aplastados, partiendo con sus mujeres flacas y sus hijos raquíuticos para tierras desconocidas donde tal vez esperaban no morir de hambre.

Pensando en el trabajo pasado, en el trabajo perdido, en los esfuerzos estériles, en la lucha encarnizada de todos los días, en la energía malgastada por aquellos infelices, que iban á comenzar de nuevo, sin saber dónde, su existencia de abominable miseria, el doctor tuvo tentaciones de gritar: "Tiraos al mar con vuestras hembras y vuestros chiquillos". Y su corazón se oprimió de tal modo, que se apresuró á salir de allí precipitadamente.

Sus padres, su hermano y la señora

de Rosemilly le esperaban ya en su camarote.

—¿Tan pronto?—dijo.

—Sí—contestó la señora de Roland con voz temblorosa,—queríamos estar un rato contigo.

Pedro la miró. Iba vestida de negro como si vistiera luto, y su hijo advirtió entonces que sus cabellos, grises aún un mes antes, estaban ya casi enteramente blancos.

Le costó gran trabajo hacer sentar á las cuatro personas en su reducida vivienda, y él saltó sobre la cama. Por la puerta entreabierta se veía pasar una multitud de personas, porque todos los amigos de los que se embarcaban y una porción de curiosos habían invadido el enorme barco. Se paseaban por los corredores, por los salones, por todas partes, y algunas cabezas asomaban á la puerta y fuera decían: "Es el camarote del médico".



Entonces Pedro empujó la puerta; pero cuando se sintió encerrado con los suyos, tuvo deseos de abrirla otra vez, porque la agitación del barco aumentaba el malestar y prolongaba el silencio de todos.

La señora de Rosemilly quiso por fin hablar:

—¡Qué poco aire entra por esas ventanitas!—dijo.

Es un tragaluz—contestó Pedro.

Y enseñó el grueso del cristal, capaz de resistir los choques más violentos, y explicó detalladamente el sistema de cerrar. Roland preguntó á su vez:

—¿Tienes aquí mismo el botiquín?

El doctor abrió un armario y enseñó una colección de frascos que tenían nombres latinos en etiquetas de papel blanco.

Tomó uno para enumerar las propiedades de la materia que contenía, luego otro, y después otro, haciendo

un verdadero curso de terapéutica que todos parecían escuchar con gran atención.

Roland repetía moviendo la cabeza:

—¡Esto es muy interesante!

Llamaron suavemente á la puerta.

—Adelante—gritó Pedro.

Y se presentó el capitán Beausire, que dijo tendiéndole la mano:

—Vengo tarde, para no impedir las expansiones de familia.

También tuvo que sentarse en la cama, y volvió á reinar el silencio.

De pronto el capitán prestó atención, oyó voces de mando y dijo:

—Ya es tiempo de que nos marchemos si queremos embarcarnos en la *Perla* para verle salir y despedirle desde el mar.

Roland padre lo deseaba mucho, sin duda para impresionar á los pasajeros de la *Lorena*, y se levantó apresuradamente:

—¡Vamos, adiós, hijo mío!



Besó á Pedro sobre las patillas y abrió la puerta.

La señora de Roland no se movía y permanecía con los ojos bajos, muy pálida.

Su marido la tocó suavemente en el brazo.

—Vamos, despachemos... No hay un minuto que perder.

Luisa se levantó, dió un paso hacia su hijo y le presentó dos mejillas pálidas como la cera, que él besó sin decir una palabra. Luego estrechó la mano de la señora de Rosemilly y la de Juan, preguntándole:

—¿Cuándo es tu boda?

—No lo sé. Procuraremos que coincida con uno de tus viajes.

Todos salieron por fin del camarote y subieron al puente lleno de viajeros y de marinos.

El vapor roncaba en el vientre enorme del barco, que parecía temblar de impaciencia.

—Adiós—dijo Roland, que tenía prisa.

—Adiós—contestó Pedro de pie sobre una de las planchas de madera que ponían en comunicación la *Lorena* con el muelle.

Estrechó una vez más todas las manos y se alejó su familia.

—Pronto, pronto, el carruaje—gritaba el padre.

Les esperaba un coche que los llevó al antepuerto, donde Papagris tenía la *Perla* dispuesta á salir.

No hacía ni un soplo de viento; era uno de esos días secos y tranquilos de otoño en que el mar reluciente parece frío y duro como el acero.

Juan cogió un remo, el marinero armó el otro y empezaron á remar. En el rompeolas, en los muelles, hasta en los parapetos de granito, una multitud inmensa y ruidosa esperaba á la *Lorena*.

La *Perla* pasó entre aquellas dos



oleadas humanas y pronto estuvo fuera del puerto.

El capitán Beausire, sentado entre las dos mujeres, tenía la barra y decía:

—Verán Uds. cómo nos encontraremos precisamente á su paso, ni más ni menos.

Los dos remeros redoblaban sus esfuerzos para ir lo más lejos posible. De repente exclamó Roland:

—Ya está ahí. Veo su arboladura y sus dos chimeneas. Sale del puerto.

La señora de Roland cogió su pañuelo y se lo llevó á los ojos.

Roland en pie, agarrado al mástil, decía:

—En este momento maniobra en el antepuerto... No se mueve... Se pone en movimiento... Ha debido tomar el remolcador... Ya marcha... ¡Bravo!... Entra en los muelles... Oyen ustedes á la gente que grita... ¡bravo!... La remolca el *Neptuno*... Ya veo la

proa... Ahí está... ¡Qué barco!... ¡qué barco!... Miren Uds.

La señora de Rosemilly y Beausire se volvieron; los dos hombres dejaron de remar; sólo la señora de Roland no se movió.

El inmenso vapor, arrastrado por impotente remolcador que parecía delante de él un perrillo, salió lenta y majestuosamente del puerto. Y el pueblo del Havre, agrupado en los muelles, en la playa, en las ventanas, impulsado de pronto por un arranque patriótico gritó: “¡Viva la *Lorena!*,” aclamando y aplaudiendo aquella salida magnífica, aquel alumbramiento de una gran ciudad marítima que daba al mar su más hermoso hijo.

Cuando el vapor hubo franqueado la boca del puerto, se sintió libre, y abandonando el remolcador, partió solo como un enorme mónstruo que corría sobre el agua.

—¡Ahí está! ¡ahí está!...—gritaba



Roland.—Viene derecho sobre nosotros.

Y Beausire, radiante, repetía:

—¿Qué había yo dicho?... ¡Si conoceré yo su rumbo!...

Juan dijo en voz baja á su madre:

—Mira, mamá, ya se acerca.

Y la señora de Roland descubrió sus ojos cegados por las lágrimas.

La *Lorena* se acercaba á toda velocidad desde su salida del puerto. Beausire, con el anteojo armado, gritaba:

—Atención. Pedro está en la popa, solo y muy visible. Atención.

Alto como una montaña y rápido como un tren, el vapor pasó casi tocando á la *Perla*.

Y la señora de Roland, enloquecida, desolada, tendió los brazos hacia él, y vió á su hijo, á su hijo Pedro, cubierta la cabeza con su gorra galoneada, y que la enviaba con las dos manos besos de despedida.

Pero se iba, huía, desaparecía, disminuyendo, borrándose como una mancha imperceptible en el gigantesco barco. Ella se esforzaba por reconocerlo aún y ya no le distinguía.

Juan la cogió la mano diciendo:

—¿Has visto?

—Sí... ¡Qué bueno es!

Y volvieron hacia la ciudad.

—¡Cristo! ¡cómo corre!—decía Roland entusiasmado.

El vapor, en efecto, disminuía de segundo en segundo como si se fundiera en el Océano. La señora de Roland, vuelta hacia él, le veía hundirse en el horizonte hacia una tierra desconocida, al otro cabo del mundo. En aquel barco que nada podía detener, en aquel barco que perdería de vista muy pronto iba su hijo, su pobre hijo. Y le parecía que la mitad de su corazón se iba con él, y que su vida había concluido y que no volvería á verle más.